

textos

el presente

dragones y misiles, *art.es*, otoño de 2009
Ignacio Castro Rey, Madrid 1 de noviembre del 2009

*Marchamos lentamente, hambrientos y sedientos,
apesadumbrados, ¿quién sabrá de nuestra pena?*
Bunno (aprox. 1100 A.C). Cathay, E. Pound

A pesar de alguna guerrilla "maoísta" que subsiste, China nunca necesitó el terrorismo. El "terrorismo" chino consiste en existir con la paciencia masiva de una población que desde siempre, con un pie en lo milenario, ha estado armada de una tecnología punta temible. Y esto mucho antes de que el ábaco, la invención de la pólvora y del cero asombrasen a Occidente. Podríamos decir que el "descubrimiento" de China, como el de la India o Marruecos, es un efecto de rebote de la colonización. "Nadie puede conquistar china sin volversechino", se le dice a un dirigente occidental durante la guerra de los Boxers. Con o sin China, sin embargo, es el mundo mismo el que resiste a la mundialización. Los mandos "Aliados" no han dejado de comprobar esta sorprendente resistencia en casi cada uno de los países que invadimos, de Irak a Afganistán. ¿Por qué no alegrarse de ello? Aunque esta rebelión sorda nos reste mercado, el mundo (también el del arte) sería todavía más aburrido sin estos fulgurantes coágulos de opacidad.

Por mucho que se nos haga la boca agua hablando del capitalismo chino, ni siquiera la economía es la misma. Por lo que sabemos, dirigidos o no por los comunistas, jamás cederán ante nuestro individualismo. Nunca dejarán de pertenecer a otro planeta, difícilmente traducible al nuestro. Fijémonos en los misteriosos seres humanos que regentan la tienda de abajo: pacientes, trabajadores, humildes, sonrientes, serviciales... en definitiva, inescrutables. Masividad y misterio: Recordemos que el famoso "peligro amarillo" coincidió en la misma década con las especulaciones sobre la vida extraterrestre. ¿Siguen hoy el modelo chino las muchedumbres solitarias que abarrotan nuestras metrópolis? ¿Tiene eso relación con el hecho de que el inmigrante se haya convertido en símbolo del extranjero que somos ya todos nosotros? Estamos encantados con la imagen de los millones que arriban a nuestras costas. ¿Para cuándo investigar la depresión o el suicidio, la multitud silenciosa que desaparece en las curvas de nuestras estadísticas?

Con una óptica distinta, el libro *El choque de civilizaciones* no sólo está lleno de información sorprendente y de primera mano, sino que cambia por completo la percepción que un occidental medio puede tener del resto del mundo. Frente a la tesis del Fin de la Historia de Fukuyama, según la cual a la muerte de comunismo le sucedería un globo unificado por la economía de mercado, por la religión del aislamiento individual y la comunicación, *estrellas y barras*, Huntington arguye que con el comunismo aún estábamos en casa, pues se trataba de un conflicto interno a la mentalidad occidental. El deshielo del Este liberó después el auténtico mapa mundial de las diferencias, unas singularidades civilizatorias que constituyen un reto mucho mayor que el comunismo, pues en este caso nos enfrentamos a mundos que ponen en cuestión la raíz misma de los presupuestos occidentales.

Al margen de nuestros autores de moda, ¿qué sabemos en realidad de Irán, de Rusia o Turquía?

¿Qué sabemos de China, fuera de las consignas? Si el propio gobierno chino reconoce, en vísperas del último censo, que puede haber cien millones de habitantes arriba o abajo del mejor cómputo. Si la administración central le asegura a un grupo de osados expedicionarios españoles que cierta zona del desierto de Gobi no hay población y sin embargo, los aventureros se encuentran con poblados. Si un viejo chino, habitante de una remota región, asegura tranquilamente que nunca ha oído hablar de Mao, ¿qué podemos esperar nosotros y nuestros cálculos? Según el prestigioso analista J. Rifkin, el 70 % de la población mundial no ha hecho jamás una llamada telefónica. Aunque nosotros y Rifkin ignoremos la parte escondida de ese iceberg (¿les importa algo el teléfono a esos seres humanos, saben siquiera de qué estamos hablando?), la *posibilidad* encerrada en esa información significa que nuestra vara de medir sirve de poco fuera de la finca particular que llamamos "sociedad internacional"[1]. Si el hombre es la medida de todas las cosas, el sujeto que mide permanece desconocido. No conocemos a ese hombre porque es *en cada caso* distinto, el elemento vital de una cultura antropológica que apenas se adapta a un baremo homogéneo de mínimos. Hasta lo más elemental en la especie, la forma de vivir, de morir, de comer y de matar, está tocado por una insularización cultural que, como grumos espirituales, divide la geografía en un profundo Babel de planetas que hablan cada uno su lengua en lo que atañe a cuestiones vitales.

Es normal que tengamos esperanzas en Obama. Después de la irresponsable era Bush, es difícil no tenerlas. Sin embargo, no deberíamos extrapolar las posibilidades reales y olvidar que también con él seguimos siendo la pequeña esquina de un planeta que no nos entiende, que nos ignora, nos teme y nos odia. Ni la sonrisa, ni el llanto, ni el culto a los muertos están libres del inquietante relativismo que introducen las naciones y culturas. Justamente habría que invertir en este punto nuestras costumbres deconstructivas, tan cómodas, y empezar a ser relativistas en lo histórico y absolutistas en lo existencial. Ahora bien, ¿qué es lo existencial? Según Nietzsche o Sartre, lo que surge por fuera de cualquier Esencia universal que levantemos sobre la irregularidad del vivir. La existencia es "lo que se pierde en la medida en que se encuentra", se ha dicho. Del mismo modo que, según Lacan, para el inconsciente no existe metalenguaje, también se podría decir que para la existencia, de la que sólo tenemos la "ciencia del ser único" que es el arte, tampoco existe un arquetipo global que nos libre de la inseguridad, de tener que atravesar a pie regiones que dejan huella y ponen un peaje a nuestras certezas. Existe arte, como legendaria forma de comunicación, porque la tierra es infranqueable por el discurso ilustrado y sus pretensiones universalistas. Hasta el bueno de Kant ha de inventar una ética puramente *formal* para sortear este escollo material.

En otras palabras, existe el arte porque las fronteras son parte ontológica de cada ser. Entre mi hemisferio derecho y mi hemisferio izquierdo, entre mi corazón y mi cabeza, entre mis sueños y mi pragmática diaria, reina una distancia que sólo el arte, el coraje de vivir, y de vez en cuando, el sentido del humor, pueden salvar. El arte le da forma común a lo incommunicable, a ese principio de desigualdad que nos constituye. En este punto, China o el Islam son solamente la metáfora cultural y geográfica de lo que desconocemos de nosotros mismos.

Es seguro que hasta en las cifras de la población mundial se apreciarán diferencias escandalosas según quién establezca la medición y cuál sea su vara cultural. La información, con su *travelling* de horrores externos, genera un principio de incertidumbre constante que apuntala nuestro encierro. Latimos retirados en nuestra cáscara, con ocasionales visitas guiadas por el extrarradio que no arrojan más que exóticas imágenes que nos confirman². Vivimos en una aldea plácidamente local y la información se encarga de mantener cerrado este club de los elegidos, que de vez cuando sueña con vacaciones lejanas. A veces, la víspera de viajar a San Petersburgo o a Estambul le echamos un ojo a lo que es Rusia (con un peso geográfico equivalente al de la población china) o a lo que fue el Imperio Otomano, pero raramente eso

deja de ser algo más que una curiosidad que pronto se pierde en el desván de nuestra memoria enclaustrada. El escandaloso localismo de nuestras mediciones se manifestaría incluso, según un ecologista "escéptico" como Lomborg, en nuestro delirio constante sobre el cambio climático. Para empezar, funciona demasiado bien el espejismo turístico. Acostumbramos a juzgar a las naciones por el escaparate engañoso de unas capitales que, incluso en los países "tercermundistas", concentran a sólo una parte de la población, la más adocenada por la cultura global. Además, ni en El Cairo ni en Beijing nos adentramos en las grandes barriadas donde se concentra la población autóctona, sino en los centros urbanos clonados según los signos del mercado.

Nuestro integrista numérico, nuestro nihilismo cuantificador tiene problemas de principio con lo cualitativo, con la *cualidad sin logo*. Al acercarnos a ese fenómeno de borde que anida en la singularidad, sea una sombra del día o una nación lejana, todos nuestros instrumentos de medición se vuelven locos, igual que la aguja imantada cerca del Polo Norte. Y es normal también que las alarmas se disparen. Como recuerda Debray, ninguna cultura permite *ver* los instrumentos que le permiten la visión. El apartamento nos aparta, la cuadrícula urbana ordena nuestras vidas. Igual que el pragmatismo económico nos protege del prójimo y mantiene la *cobertura* del aislamiento conectado. La contundente frase de Martin Amis "Enterramos a Dios y vimos que se puede vivir sin él" tiene también otra traducción: "Enterramos al prójimo y vimos que se puede vivir sin él". Al fin y al cabo, Dios ha sido siempre, en la cultura judeocristiana, una metáfora de lo que había de sagrado e intocable en el hombre. Sin embargo, al atardecer, cualquier temblor de hojas reflejadas en las paredes de nuestro aislamiento nos recuerda a un sueño chino. Según Deleuze, si una imagen *detiene* el tiempo, interrumpiendo la pared protectora de lo audiovisual, abre un espacio salvaje y secreto donde podrían retozar caballos. Entonces recordamos: "Una vida entera basta apenas para una brizna de hierba". Y la hierba, como dice un viejo adagio chino, es todo lo que queda del sueño de los guerreros.

1. Sociedad que tal vez ni siquiera abarca a la mitad de los ciudadanos estadounidenses, a juzgar por las imágenes del Katrina y por las de la película Sicko de M. Moore, donde se muestra que el 60% de los ciudadanos norteamericanos carecen todavía de cobertura médica.

2. Tiannamen y los derechos humanos son la materia maleable, en la que no creemos, que se utiliza según la coyuntura. Igual que el Tíbet es un proyectil ocasional, olvidando que la soberanía de Euskadi o de Puerto Rico son incuestionables.